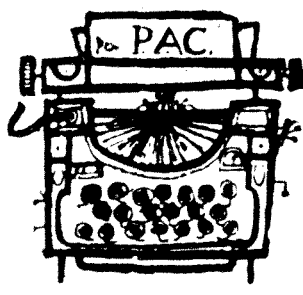


escrito a máquina

Sueño de Una Noche De Agosto



Había leído el discurso de Monseñor Helder Cámara —el Arzobispo de Recife— a los jóvenes brasileños. Un mensaje del “espíritu de juventud” que sopla desde la Iglesia.

“Desembarcaréis en los astros —decía—; viviréis la liquidación de la carrera de armamentos y el fin de las guerras (no gracias a motivos idealistas, sino realistas: se habrán vuelto enteramente absurdas e imposibles); humanizaréis la era electrónica y cibernética; os libraréis de los desafueros; alcanzaréis la socialización al servicio del hombre y veréis la comunidad que soñó Juan XXIII”.

Era una noche de Agosto llena de luciérnagas bajo la luna. El Angel me dijo: ¡Ven! y yo miré entonces. La Tierra hervía de hombres y donde yo posaba los ojos se percibía la fiebre del trabajo. El Angel me señaló la luna y vi que estaba llena de hombres. Y miré hacia Oriente y vi un enorme astro, cercano a la tierra. Supe entonces que una vez normalizados los vuelos interestelares se había dado el siguiente paso: habían desplazado el eje de Marte para colocarlo en una órbita cercana a la Tierra y para producir condiciones más favorables a la vida humana. El hombre colonizaba un nuevo planeta. El hombre había robado espacio a los mares, a los desiertos, a los astros. Una inmensa potencialidad creadora emanaba de nuestro pequeño planeta. Y oí, cruzando los espacios, una voz de siglos que todavía circundaba con sus ecos el inmenso abismo: “Creced y multiplicaos, henchid la tierra; someted y dominad el universo”.

Me volví buscando al Angel. Deseaba preguntarle: ¿Qué visión es ésta? ¿Sobre qué año futuro me has permitido posar los ojos? ¿Es ese el porvenir de la Tierra? ¿Sueño?

Pero había desaparecido. Miré hacia el otro lado y estaba junto a mí, de negro, acicalado, algo fatuo —pero sonriéndome— un pequeño demonio. Me hizo un guiño malicioso con el ojo —un ojito brillante y sutil— y señaló hacia la derecha con el dedo largo y rugoso.

Miré con atención y ¡sí! allí estaba otra vez la misma Tierra pero me parecía empañada por un silencio extraño.

—Fíjate —me gritó el diablito pop. Y empujándome me acercó a su historia.

Vi entonces que todos los hombres que recorrían las calles, que se asomaban a las ventanas, que caminaban por los caminos o navegaban o volaban o dormían eran de cabello blanco. Y en ciertos lugares de las ciudades vi multitudes que se reunían ansiosas. Y oí en los grandes megáfonos de las publicidades y en las grandes pizarras eléctricas de los diarios leí que se decía: HAIDERABAT (INDIA). La Comisión de Médicos de las Naciones Unidas ha emprendido vuelo en helicóptero a la aldea de Belpur donde se ha informado la existencia de una mujer embarazada...

Veo aglomeraciones en los aeropuertos. Miles de gentes toman pasaje hacia la India.

Los diarios publican extras. Se dice que otra mujer embarazada ha sido localizada al borde del Amazonas. Pero ya nadie cree. La humanidad lleva diez años de no presenciar un solo nacimiento. Al comienzo se creyó que los Gobiernos exageraban. Los Gobiernos fueron acusados de reaccionarios. Incluso se hicieron revoluciones y cayeron Gobiernos y fueron asesinados numerosos médicos y técnicos y políticos. Hasta que la misma humanidad comenzó a palparlo. Fueron desapareciendo los niños. Fueron creciendo. Fueron llegando a jóvenes y a hombres.

Y comenzó la humanidad a agitarse. Mujeres histéricas creían escuchar el llanto de un niño en la noche y gritaban y acudían multitudes. Se tiraban desde los rascacielos madres estériles o se tiraban al paso de los trenes padres desesperados en su soledad. Olas de suicidios desolaban comarcas.

Año con año bajaba la población del mundo. Los diarios hablaban de leucemia demográfica. Se hacían cálculos: treinta años, cuarenta años sin reproducción y sólo quedarán 160 mil personas sobre la Tierra. Unos pocos años más y sólo quedarán 160. Unos pocos años más y sólo quedarán 16.

Las inmensas ciudades iban quedando vacías. Un extraño silencio flotaba sobre las tardes del mundo como un duelo.

Veo aglomeraciones en los aeropuertos. Son las multitudes que quieren partir hacia la India. Se dice que allí, en una aldea, es posible que una mujer alumbré a un niño. Es la esperanza.

El diablo está a mi lado. Me observa. Veo sus ojos pequeños chispeantes y burlones. Luego, da vuelta a la esfera del mundo y me va señalando caminos y calles: ¡en todas partes es lo mismo! Los diarios lanzan extras, las radios, televisiones, radares, emisoras están pendientes de un niño. Millones de hombres creen que es inútil esperar; ¡nacará muerto!, dicen. El fin ha

2 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

llegado. No nos hagamos ilusiones. Pero otros protestan. Gritan. Las mujeres se enfurecen. ¡Nacerá vivo!, ¡nacerá! Y chocan unos con otros. Y se matan. Y prosiguen las peregrinaciones. Y se ven por los caminos las multitudes que quieren ver un niño. ¡Un niño!

—El ser libre siempre puede escoger dos caminos —me dice, con cierto aire de teólogo, el pequeño demonio. La presión de la vida pudo haber impulsado al hombre a una maravilla de obra creadora sobre el universo; pero le tuvo miedo a esa presión y prefirió detener la vida.

—Pero ¿nacerá vivo el niño y se salvará el mundo?, le interrumpí yo, con una ansiedad casi infantil.

—Siempre se ha dicho que un niño salva —contestó el demonio con un dejo irónico.

Millones de hombres estaban pendientes de los televisores. Nadie dormía en el mundo. Sobre toda la Tierra millones y millones de ojos en expectación miraban el vientre de una mujer.

Era la última fuente.

Era la última gota de vida.

—... Buen argumento para un cuento, pensé yo.

—¡No es cuento! —exclamó con furia el diablo. Y lo vi partir rengueando, tratando de disimular su débil cojera al subirse a su hermoso "Jaguar" 69.